

Feminismo y ecología: reconstruir en verde y violeta

Cuando la humanidad se contempla a sí misma se admira de logros relacionados con la ciencia, la superación de límites o la construcción de todo tipo de artefactos. Sin embargo, la existencia de la vida en nuestro mundo se explica mucho mejor desde el mantenimiento de los equilibrios dinámicos y cíclicos de la naturaleza o desde la práctica de trabajos cotidianos de mantenimiento (la alimentación o la creación de vínculos afectivos o el mantenimiento del ciclo del agua) que desde las luchas de poder.

El pensamiento acuñado en la Modernidad encumbra esta jerarquía de valores que coloca la transformación por encima de la estabilidad y denomina al proceso de dominio progreso. El progreso consiste en el alejamiento y sometimiento de la naturaleza, en la superación de sus reglas.

A nuestra cultura oficial no parece importarle demasiado la historia del territorio, la de la enfermedad, la de la producción de alimentos, la de la artesanía, la experiencia del dolor humano y su consuelo, la de la crianza y tantas otras. En definitiva, la historia de la reproducción y mantenimiento de la vida, en la que las mujeres han sido y son protagonistas indiscutibles.

La supervivencia de las sociedades humanas es más dependiente de estas tareas invisibles y poco valoradas que de esas otras más deslumbrantes que se señalan como hitos. Los trabajos de crianza, de mantenimiento de la capacidad productiva de un terreno, de mediación en conflictos, de regeneración de un territorio devastado, de transmisión de saberes sobre salud o sobre alimentos, los trabajos de cuidados están en el centro de la supervivencia, son por tanto esenciales para la sostenibilidad y por tanto deben ser asumidas por el conjunto de la humanidad y no sólo por las mujeres.

El hecho llamativo de que los seres humanos vivamos de espaldas a nuestra propia supervivencia tiene que ver con dos elementos articuladores de nuestra cultura: la desvalorización del trabajo de reproducción social que promueve el orden social patriarcal y el tratamiento que la cultura occidental y el capitalismo dan a la naturaleza como recurso susceptible de apropiación.

El desprecio y la invisibilización de los trabajos en los que se asienta la supervivencia y la vida buena son herramientas que el patriarcado y el capitalismo moderno (dos sistemas que actúan de forma sinérgica) usan en su provecho.

Una cultura que parte en dos: subordinación de las mujeres y la naturaleza

El pensamiento occidental tiene su origen en la Modernidad. Durante este período se crearon las concepciones sobre el mundo y sobre el progreso que aún hoy se mantienen vigentes, se estableció el modo de relación entre los seres humanos y la naturaleza y se creó un sistema tecnocientífico que creció sin considerar límites y a unas velocidades incompatibles con los procesos de la Biosfera.

Uno de los instrumentos más efectivos en esta construcción interpretativa fue la consolidación del modelo de pensamiento dicotómico, que aunque había nacido antes de la Modernidad, sí que alcanza en este momento la categoría de racional y científico. Éste estructura el mundo en una serie de dualismos o pares de opuestos que separan y dividen la realidad. La relación entre estos pretendidos opuestos apenas considera espacios intermedios, interacciones mutuas, polivalencias o dobles causalidades. Según esta forma de pensamiento, la afirmación de algo siempre requiere de la negación de lo contrario.

Pero además de su carácter dicotómico se puede destacar otro rasgo esencial de esta forma de pensamiento: su carácter jerárquico. Dentro de cada pareja, una posición se percibe como jerárquicamente superior a la otra. El hombre es superior a la mujer, la cultura supera a la

naturaleza o la mente es superior al cuerpo.

Por último, el término considerado superior se erige en universal y se convierte en la representación del todo. Así, se invisibiliza la existencia de “lo otro”, que deja de constituir una parte de la realidad para pasar a ser, en todo caso, una excepción o una carencia.

Cada par de pretendidos opuestos, en los que la relación es jerárquica y el término normativo encarna la universalidad, se denomina “dicotomía”. Estas son algunas dicotomías centrales de nuestro pensamiento moderno.

Hombre	Mujer
Cultura	Naturaleza
Mente	cuerpo
Razón	Emoción
Autonomía	Dependencia
Producción	Reproducción
Público	Privado

Estas díadas se asocian unas con otras, estableciendo algo así como dos regiones diferentes: a un lado el hombre, próximo a la cultura, la libertad, la razón, la autonomía, el espacio público. Por otro lado la naturaleza, el cuerpo, la emoción, la dependencia, el espacio privado son asociados a las mujeres. Celia Amorós denomina *encabalgamientos* a estas asociaciones.

Las oposiciones jerárquicas, cultura-naturaleza, razón-emoción, producción-reproducción, etc. explican la explotación de la mitad negada. La subordinación de las mujeres y de la naturaleza son posibles, entre otras cosas, gracias al sistema de pensamiento dicotómico.

El capitalismo agudiza la invisibilización de las mujeres y de la naturaleza

Naredo¹ pone de manifiesto cómo hasta la llegada de la revolución industrial, los hombres y las mujeres, al igual que el resto del mundo vivo, vivieron de los recursos que proporcionaba la naturaleza.

Los seres humanos aseguraban sus sostenibilidad imitando a la Biosfera. La vida se basaba en el mantenimiento de la diversidad que existía. Todo era objeto de un uso posterior, en un uso cíclico que aseguraba la renovación de los materiales empleados. Los ritmos de vida eran los marcados por los ciclos de la naturaleza y éstos eran dinamizados por la energía del sol.

Sin embargo, los seres humanos se alejaron del funcionamiento de la biosfera al comenzar a utilizar la energía de origen fósil para acelerar las extracciones y las producciones. La disponibilidad, primero de carbón, y luego de gas natural y petróleo, permitió la extensión del transporte horizontal por todo el planeta, comenzando así una espiral de crecimiento que ha configurado la actual civilización.

Este crecimiento masivo e ilimitado, que se apoya en el manejo a gran escala de los materiales contenidos en la corteza terrestre, conduce sin remedio a profundizar el deterioro del patrimonio natural, tanto por la extracción de recursos no renovables, como por la generación de residuos, resultando en el extremo globalmente inviable.

El metabolismo de la economía a nivel global, fue acompañado del nacimiento de la economía neoclásica, que como uno de sus principales fundamentos considera que cualquiera de los factores de producción es sustituible por capital.

¹ Naredo J.M. (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Siglo XXI. Madrid

En efecto, la cultura capitalista otorga valor a los objetos en función de su traducción monetaria. Obviamente, la forma en la que una sociedad define y mide el progreso y la riqueza tiene una gran influencia en la forma en la que esa sociedad se organiza.

En el margo de la globalización económica, el progreso se mide por la capacidad que tiene un país de aplicar políticas que acrecienten la escala de su actividad económica en el mercado, mejoren la eficiencia de los factores de producción, se especialicen y se extiendan.

Si analizamos, por ejemplo, el indicador por excelencia de la riqueza, el Producto Interior Bruto (PIB), podemos ver que se trata de un indicador simplificador, que no considera la sostenibilidad de la vida natural y por tanto de la vida humana, el agotamiento natural o las desigualdades económicas, y que, incluso, puede llegar a contabilizar el deterioro como si fuese riqueza.

Por ejemplo, muchos de los desastres naturales y humanitarios más trágicos de los últimos años ha pasado desapercibidos en las cifras del PIB. En Sudán, por ejemplo, el PIB per cápita ha subido un 23% en la última década, a pesar de que 600.000 personas sufrieron hambre en 2001, 400.000 personas han muerto y 2,5 millones han sido desplazadas entre 2003 y 2007 por la tragedia de Darfur. También en Sri Lanka, el tsunami que provocó la muerte en 2004 de 36.000 y devastó las infraestructura litorales, expulsando de sus territorios a millones de personas, no ha afectado a la constante subida del PIB.²

Además, los negocios relacionados con las guerras, las enfermedades o el deterioro ambiental pueden terminar sumando como riqueza en un indicador que sólo considera intercambio monetarios y que no puede ver la destrucción irreversible en la que se basan esos negocios. Sin embargo, la paz, el aire limpio, los trabajos asociados a los cuidados de las personas mayores y de los niños y niñas, la fotosíntesis que realizan las plantas o los servicios del regulación del clima que realiza la Naturaleza, siendo imprescindibles para el mantenimiento la vida, no cuentan en ningún balance de resultados de nuestro modelo económico³ y en una cultura que sólo “conoce” lo que se traduce en dinero, son invisibles.

Esta manera de contabilizar el progreso ha influido claramente en la consideración de lo que es o no es trabajo, uno de los elementos básicos en la construcción de los roles de género en Occidente y también en el resto del mundo, dado los fenómenos de globalización económica y cultural.

La mitad de la humanidad, las mujeres, han venido realizando históricamente todas las labores asociadas a la reproducción y los cuidados de los seres humanos, pero para nuestro sistema económico, que reduce el valor al precio, el valor de los cuidados, de la reproducción y de la alimentación, del cuidado de las personas mayores o dependientes, era algo pasivo, que no produce valor en términos económicos⁴. La propia definición de población activa define ésta como aquella parte de la población que trabaja para el mercado y no incluye a estudiantes, amas de casa u otros colectivos que no realizan trabajo remunerado. Según esta definición, una persona en edad legal de trabajar que lleva a cabo tareas domésticas en su casa y no recibe remuneración salarial está inactiva.

La vida, y la actividad económica como parte de ella, no es posible sin los bienes y servicios que presta el planeta (bienes y servicios limitados y en progresivo deterioro) y sin los trabajos de cuidados Sin embargo, la organización social se ha estructurado en torno a los mercados como epicentro mientras la cotidiana, crucial y difícil responsabilidad de mantener la vida reside en la esfera de lo gratuito, de lo invisible, es decir en la Naturaleza y en el espacio doméstico. A lo largo de la historia el patriarcado, íntimamente asociado al capitalismo en los últimos siglos, ha

² Talberth, J (2008) “Una nueva línea de partida para el progreso” en “La situación del mundo” Worldwatch Institute. Icaria p.64

³ Herrero, Y.(2006) *Ecofeminismo: una propuesta de transformación para un mundo que agoniza* . Cuadernos Mujer y Cooperativismo noviembre 2006 n.8 pgs 74-80 UCMTA

⁴ Bosch, A., Amoroso, M.I. y Fernández Medrano, H. (2003) *Arraigadas en la Tierra*, en Amoroso Miranda, M.I. et al: *Malabaristas de la vida*. Barcelona. Icaria

sometido y explotado a las mujeres y a la Naturaleza, aprovechándose de sus trabajos y sus saberes, a la vez que los invisibilizaba.⁵

Consecuencias de la invisibilidad: crisis ecológica y crisis de los cuidados.

El planeta Tierra es un sistema cerrado. La única aportación externa es la energía del sol (y algún material proporcionado por los meteoritos, tan escaso, que se puede considerar despreciable) Es decir, los materiales que componen el planeta son finitos, y todo lo que se renueva a partir del trabajo de la Naturaleza lo hace con un ritmo parsimonioso en relación a la velocidad que requiere la economía global. La ignorancia de esta condición básica de nuestro planeta ha conducido a una crisis global sin precedentes. La crisis ambiental se materializa en una serie de problemas que se encuentran interconectados, se realimentan unos a otros y requieren la misma solución: ajustar con criterios de equidad los sistemas socioeconómicos a las capacidades de la naturaleza.

En primer lugar, nos hallamos ante un cambio global, cuyo efecto más divulgado es el cambio climático. Éste está provocado por un aumento enorme y rapidísimo de la presencia de gases de efecto invernadero en la atmósfera. El cambio climático supone la alteración de los equilibrios dinámicos que organizan la interacción entre el mundo físico y el mundo vivo. La subida media de la temperatura está desencadenando un proceso de cambio en cadena que afecta a los regímenes de lluvias, a los vientos, a la producción de las cosechas, a los ritmos de puesta y nacimiento de algunas aves, a la polinización, a la reproducción de multitud de especies vegetales y animales, etc.

Un segundo elemento importante es el agotamiento de los recursos naturales. Nos encontramos ante lo que hace años Hubbert denominó el “pico del petróleo”⁶, es decir ese momento en el cual se ha llegado al momento de extracción máxima. Una vez alcanzado este pico, la extracción comenzaría a declinar. Hoy día no existe ninguna alternativa limpia viable que dé respuesta a las exigencias de un modelo urbano-agro-industrial, sumamente energívoro, que, además, continúa creciendo⁷.

La velocidad a la que se están consumiendo los recursos naturales comienza a manifestarse en la progresiva escasez de otros recursos imprescindibles para la vida como son el agua dulce, los bosques, la pesca, los suelos fértiles, la fauna salvaje o los arrecifes de coral.

Otro problema grave es la pérdida de biodiversidad. Se afirma que nos encontramos ante la sexta gran extinción masiva, y la primera provocada por una especie, la humana⁸. Esta pérdida de biodiversidad se acompaña también de una pérdida de diversidad cultural.

El panorama de crisis se completa si añadimos los riegos que generan la proliferación de la industria nuclear, la comercialización de miles de nuevos productos químicos que interfieren con los intercambios químicos que regulan los sistemas vivos, la liberación de organismos genéticamente modificados cuyos efectos son imprevisibles o la experimentación en biotecnología y nanotecnología cuyas consecuencias se desconocen.

Por último, esta situación se da en un entorno social profundamente desigual. El mundo se encuentra polarizado entre un Norte rico y consumista y un Sur empobrecido y con dificultades de acceso a los recursos básicos. 18 países con 460 millones de personas han empeorado su situación con respecto a 1990. En 40% de la población mundial sólo cuenta con el 5% de los ingresos, mientras que el 10% más rico acapara el 54%⁹.

⁵ Bosch, A., Amoroso, M.I. y Fernández Medrano, H. (2003). Op.cit.

⁶ Hubbert, K. “*Energy from Fossil Fuels*” en Science vol 199. www.eoearth.org 1949

⁷ Fernandez Durán R. (2008) *Crepúsculo de la historia trágica del petróleo*. Coed. Virus y Libros en Acción

⁸ Oberhuber, T. (2004) “Camino de la sexta gran extinción” en Ecologista , n.41. Ecologistas en Acción.

⁹ PNUD (2005) *Informe sobre Desarrollo Humano*. Mundi Prensa y PNUD

El deterioro de los territorios que han habitado una buena parte de los pueblos del Sur durante miles de años, y de sus condiciones básicas de existencia, ha expulsado a las personas, obligando a unos movimientos migratorios sin precedentes. Muchas personas se ven obligadas a seguir la misma ruta que siguen las materias primas y los frutos de los monocultivos que se extraen de los lugares donde antes vivían, el viaje del Sur al Norte. Además, las desigualdades dentro del propio Norte son también relevantes. Existen bolsas crecientes de pobreza, millones de personas se encuentran paradas y muchas otras no tienen hogar.

Las mujeres encargadas en una buena parte del planeta de las tareas que garantizan la subsistencia, sufren la crisis en mayor medida. Tienen más dificultades para acceder a los recursos básicos; las tareas de crianza o cuidados se llevan a cabo con mayor dificultades; sufren en sus cuerpos la violencia de los conflictos bélicos, que en muchos casos esconden luchas por la apropiación de los recursos, y en sus vidas la violencia estructural de la pobreza, la explotación laboral y sexual.¹⁰

Crisis de los cuidados

En las últimas décadas se han dado una serie de factores que han alterado profundamente el modelo previo de reparto de las tareas domésticas y de cuidados que sostiene la economía, el mercado laboral y la propia vida humana.

Lo que llamamos crisis de los cuidados es el resultado de las sinergias de un conjunto de circunstancias. Entre ellos se encuentra el acceso de las mujeres al empleo remunerado dentro de un sistema patriarcal. La posibilidad de que las mujeres sean sujetos políticos de derecho se percibe como algo vinculado a la consecución de independencia económica a través del empleo. El trabajo doméstico pasa a verse como una atadura de la que hay que huir lo más rápidamente posible. Sin embargo no es un trabajo que pueda dejar de hacerse y el paso de las mujeres al mundo público del empleo no se ha visto acompañado por asunción de estas tareas por parte de los hombres.

Dado que hay que seguir atendiendo a las personas ancianas, a la infancia y a las personas con discapacidades, que hace falta realizar una buena parte de las tareas cotidianas que constituyen lo que llamamos trabajo doméstico y que los hombres miran hacia otro lado y no se hacen responsables de ellas, las mujeres acaban asumiendo dobles o triples jornadas, viviendo la dificultad de su atención con un fuerte sentimiento de culpa.

Paralelamente a la disminución de los tiempos que se pueden dedicar a los cuidados, se han operado algunas transformaciones sociales que complican de forma importante la gestión de los mismos.

Por una parte, el envejecimiento de la población y mantenimiento de la vida hasta edades muy avanzadas, en muchos casos en situaciones de fuerte dependencia física, exige una mayor dedicación a las personas mayores.

Los cambios en el modelo urbano también juegan un papel fundamental en la dificultad que existe en nuestras sociedades para garantizar el bienestar y el cuidado de la vida humana. Del mismo modo que el hipertrofiado modelo de transporte motorizado deteriora los ecosistemas, también separa los diferentes espacios físicos en los que se desarrollan la vida de las personas, obligando a invertir mucho tiempo en los desplazamientos del trabajo a casa, al colegio, a la casa de los mayores que hay que atender, etc.

Además, la precarización de la vida obliga a plegarse a los ritmos y horarios que impone la empresa y la pérdida de redes sociales de apoyo fuerza a resolver los asuntos cotidianos de una forma mucho más individualizada con las dificultades añadidas que eso supone.

¹⁰ Martínez Alier J. (2004) *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria

La crisis del sistema que hasta el momento garantizaba el mantenimiento de las condiciones básicas de bienestar humano (a costa de la explotación de las mujeres) se hace especialmente grave ante el progresivo desmantelamiento y privatización de los servicios sociales que trataban de paliar algunos de estos problemas.

En los hogares se reorganiza la atención a las necesidades de las personas sin la participación de los hombres. Aquellas mujeres que por su condición de clase pueden pagar parte de los trabajos de cuidados, compran en el mercado servicios domésticos, mientras que otras mujeres venden su fuerza de trabajo para realizarlos, frecuentemente en condiciones de precariedad y ausencia de derechos laborales. En otros casos se produce también transferencia generacional del trabajo de cuidados y son sobre todo las abuelas quienes se ocupan de parte de la crianza y cuidados de sus nietos.

Deuda ecológica y deuda de los cuidados

Como vemos, desde una perspectiva de género, se pueden establecer paralelismos interesantes entre las problemáticas y propuestas feministas y las ecologistas.

La huella ecológica, el indicador que traduce a unidades de superficie lo que un estado o un grupo humano consume y los residuos que genera, revela que si todos los habitantes del planeta tuviesen el estilo de vida similar a la media de la ciudadanía española, se necesitarían tres planetas para sostener ese nivel de vida.

Paralelamente, cabría hablar de la huella de los cuidados de las mujeres como indicador que evidencia el desigual impacto que tiene la división sexual del trabajo sobre el mantenimiento y calidad de vida humana. La huella de los cuidados es la relación entre el tiempo, el afecto y la energía afectiva que las personas necesitan para atender a sus necesidades humanas reales (cuidados, seguridad emocional, preparación de los alimentos, tareas asociadas a la reproducción, etc) y las que aportan para garantizar la continuidad de vida humana: En este sentido, el balance para los hombres sería negativo pues consumen más energías para sostener su forma de vida que las que aportan, por ello, desde el feminismo, puede hablarse de deuda de los cuidados, como la deuda que el patriarcado ha contraído con las mujeres de todo el mundo por el trabajo que realizan gratuitamente. Esta deuda es paralela a la deuda ecológica que los países ricos han contraído con los países empobrecidos debido al desigual uso de los recursos y bienes naturales, así como la desigual responsabilidad en el deterioro y destrucción del medio físico.

Cambiar las gafas con las que vemos el mundo...para construirlo de otra forma

Resulta urgente construir una nueva mirada sobre el mundo. Para ello es preciso realizar una revisión profunda que permita indagar por dónde deben caminar los procesos económicos y sociales para ser compatibles con los ciclos naturales¹¹. Esta revisión debe mostrar que la concepción de progreso que ha mantenido la humanidad está íntimamente ligada al deterioro ecológico¹²; que la velocidad y la lejanía se oponen esencialmente a los tiempos de la vida¹³; que el individualismo o la propiedad privada no son "naturales" y que a lo largo de la historia, la naturaleza y los seres humanos, especialmente las mujeres, han desarrollado estrategias colectivas de cooperación¹⁴. El cambio de mirada apuntaría a una reducción de la extracción y de los residuos, así como una distribución equitativa intra e intergeneracionalmente como los primeros pasos hacia un nuevo modelo que avance hacia la sostenibilidad.

¹¹ Cembranos, F. Herrero, Y. y Pascual, M. coords (2007) "Educación y ecología. El currículum oculto antiecológico de los libros de texto" Editorial Popular

¹² Naredo JM y Gutiérrez, L. eds (2006) Op. cit.

¹³ Riechmann, J. (2002) *Gente que no quiere viajar a Marte*. Madrid. Los Libros de la Catarata

¹⁴ Novo, M. coord(2007). *La Naturaleza y la mujer como sujetos: el valor de la utopía y de la educación* en Novo, M. (coord) *Mujer y medio ambiente: los caminos de la visibilidad*" Los Libros de La Catarata, Madrid

Teniendo en cuenta que vivimos en un planeta limitado y que nos ha tocado vivir en el Norte rico, el uso prudente de los recursos naturales, la *recuperación de los valores de la austeridad y de la suficiencia* a la hora de consumir y la readopción de una cultura que valora aquello que dura y permanece son tareas pendientes de una sociedad que quiera minimizar los impactos de la crisis. Debemos, en definitiva, *aprender a vivir bien con menos*

La sostenibilidad debe orientarse como una *nueva relación con el tiempo*¹⁵ reconstruyendo las sociedades, la tecnología y las industrias de modo que tengan en cuenta el largo plazo, se supediten a los ciclos temporales de la biosfera y a los tiempos necesarios para la participación y el consenso. Éste es acaso el desafío mayor al que hacemos frente en nuestro tiempo, la incorporación de una cultura ecológica de la lentitud. o son los movimiento por las Ciudades Lentas, Slow Food, etc.¹⁶

En el empeño por ajustar los sistemas socioeconómicos a los sistemas naturales, debemos adoptar *una cultura que imite los procesos de la biosfera*. El motor que ha hecho y hace mover la vida es la energía del sol. Una sociedad sostenible es aquella que vive del sol y se preocupa por el cierre de los ciclos. El reciclaje, entendido como la vuelta a los ciclos naturales de los materiales, es básico para poder mantener los stocks naturales y por tanto permitir el funcionamiento de los procesos de la naturaleza.

La sostenibilidad se basa en un *modelo de cercanía*, en el que el transporte sea mínimo y los productos y recursos que se utilicen sean cercanos. Una economía basada en lo próximo hace que las comunidades sean menos vulnerables y que tengan un mayor control e independencia de las decisiones que se toman en centro de poder lejanos. La futura viabilidad económica debe eventualmente transformarse radicalmente hacia las economías locales bajo sistemas de gobernanza local y regional, producción local para el consumo local, la propiedad local haciendo uso de la fuerza de trabajo y de materiales locales, en el marco de modelos ecológicos y democráticamente estables¹⁷. Las economías locales que operan de este modo dependen menos del transporte y suministros de recursos de larga distancia, y por tanto son menos proclives a tener un impacto negativo sobre el planeta.

Colocar la vida en el centro, cambiar las prioridades

Como vemos, puede decirse que existe una irreconciliable contradicción entre el proceso de reproducción natural y social y el proceso de acumulación de capital¹⁸.

En un planeta con los recursos finitos, es absolutamente imposible extender el estilo de vida occidental, con su enorme consumo de energía, minerales, agua y alimentos. El deterioro social y ambiental es una parte insoslayable de un modelo de desarrollo basado en el crecimiento constante. Igualmente, la consideración de los mercados como epicentro de la sociedad, desbarata e impide el mantenimiento de la vida humana en condiciones dignas. Nos encontramos, entonces, ante una crisis civilizatoria, que exige un cambio en la forma de estar en el mundo.

Los mercados tienen que dejar de ser los que organizan los tiempos, los espacios y la actividad humana para articular la sociedad alrededor de la reproducción social, la satisfacción de las necesidades y el bienestar humano sin menoscabar la naturaleza que nos permite existir como especie.

La economía ecológica nos demuestra que una buena parte de los negocios son nocivos para la vida y consumen muchos recursos sin producir bienestar. La economía feminista reformula completamente el concepto de trabajo, desvelando la centralidad de la actividad doméstica,

¹⁵ Riechmann, J. (2002) *Íbidem*

¹⁶ Novo, M. (2007) Op.cit.

¹⁷ Sousa Santos, B. (2005) Op. cit.

¹⁸ Piccio (1992) *Social Reproduction: the political economy of Labour Market* Cambridge University Press

históricamente despreciada y minusvalorada, que sostiene la vida cotidiana. Junto a otros ámbitos de la economía crítica, ambas visiones son imprescindibles para configurar un nuevo modelo.

Colocar la satisfacción de las necesidades y el bienestar de las personas en condiciones de equidad como objetivo de la sociedad y del proceso económico representa un importante cambio de perspectiva que sitúa al trabajo que permite a las personas crecer, desarrollarse y mantenerse como tales como un eje vertebrador de la sociedad y, por tanto, de los análisis. Desde esta nueva perspectiva, las mujeres no son personas secundarias y dependientes sino personas activas, actoras de su propia historia, creadoras de culturas y valores del trabajo distintos a los del modelo capitalista y patriarcal.¹⁹

Para realizar este cambio de paradigma y colocar la supervivencia individual y la colectiva en el centro de nuestra mirada y de la política es imprescindible valorar los trabajos que el mercado ignora y recuperar la experiencia de las mujeres en la vida cotidiana.

¿Qué pueden aportar la experiencia de las mujeres en el ámbito doméstico a la construcción de una sociedad centrada en el mantenimiento de la vida?

Hoy el trabajo mercantil en muchos casos es para la persona que lo realiza una actividad alienada que sólo proporciona dinero para disponer de capacidad de consumo. Frente a ello, los trabajos domésticos son trabajos socialmente necesarios y dotados de sentido vital, se conoce el para qué de su actividad.

El tiempo de la vida y el tiempo del mercado están desajustados y, dado el orden de cosas, se prioriza el mercado. Por eso las políticas de conciliación, que buscan cuadrar los tiempos de la primera con las necesidades del segundo, no son capaces de conciliar. Si mercado y vida no encajan, se priorizará el primero.

Los trabajos de cuidados producen bienes y servicios para el autoconsumo, no para el intercambio mercantil, por lo que su lógica es radicalmente distinta a la del empleo remunerado. Puede decirse que los cuidados en el ámbito del hogar no siguen completamente una lógica mercantil (aunque una parte de ellos se encuentre mercantilizada)

No persiguen un aumento constante de la productividad, ni operan según el mecanismo de la competitividad. Son trabajos que se incluyen en procesos productivos amplios y globales, por ello, no tiene mucho sentido la sobreespecialización.

Conllevan una carga fuerte carga emocional, no siempre positiva y, a diferencia del mercado, responden a una ética centrada en las relaciones y en las necesidades humanas.

Los cuidados tiene un fuerte componente material. Su ocupación central son los cuerpos vulnerables de las personas. Mientras que la economía convencional ha roto los vínculos con lo material y "flota" en el mundo virtual de lo monetario a espaldas de lo que sucede en los territorios, la economía doméstica se ancla en la materialidad del mantenimiento de los cuerpos.

La vida es un proceso continuo de autogeneración, en el que la necesidad de nutrición, higiene y cuidados no termina nunca. Por ello, en estos trabajos los procesos son tan importantes como los resultados a diferencia del trabajo orientado al cumplimiento de objetivos concretos.

Redefiniendo los conflictos

Reconocer que todos y todas somos seres dependientes que precisamos del cuidado de otras personas a lo largo de nuestro ciclo vital permite redefinir y completar el conflicto capital-trabajo, afirmando que ese conflicto va más allá de la tensión capital-trabajo asalariado, para ser una

¹⁹ Borderías, C. y Carrasco, C.(1994) "*Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*" Fuhem-Icaria

tensión entre el capital y todos los trabajos, los que se pagan, y los que se hacen gratis²⁰.

Si recordamos, además, que desde la perspectiva del ecologismo social, también es palpable la contradicción esencial que existe entre el sistema capitalista y la sostenibilidad de la biosfera, nos hallamos, de nuevo, ante un importante encuentro entre feminismo y ecologismo. La perspectiva ecológica demuestra la inviabilidad física de la sociedad del crecimiento. El feminismo aterriza ese conflicto en la cotidianeidad de nuestras vidas y denuncia la lógica de la acumulación y del crecimiento como una lógica patriarcal y androcéntrica. La tensión irresoluble que existe entre el capitalismo y la sostenibilidad humana y ecológica muestra en realidad una oposición esencial entre el capital y la vida.

Mantener la vida, una responsabilidad social

Salir de esta lógica obliga a formular otras preguntas en el ámbito de la economía: ¿qué necesidades hay que satisfacer? ¿cuáles son las producciones necesarias para que se puedan satisfacer? ¿cuáles son los trabajos socialmente necesarios para ello? .

Alcanzar la sostenibilidad obliga a que la sociedad se haga responsable de la vida. En lo ecológico supone reducir notablemente las extracciones de materiales finitos, disminuir al máximo la generación de residuos, y conservar los equilibrios de los ecosistemas. Estos imperativos abocan inexorablemente a que las sociedades ricas aprendan a vivir con menos recursos materiales.

En una sociedad que necesariamente tendrá que aprender a vivir bien con menos es fundamental pensar qué trabajos son social y ambientalmente necesarios, y cuáles no es deseable mantener. La pregunta clave para valorarlos es en qué medida facilitan el mantenimiento de la vida en equidad. Los trabajos de cuidados, que históricamente han realizado las mujeres, los que sirven para mantener o regenerar el medio natural, los que producen alimentos sin destruir los suelos y envenenar las aguas, así como los que consolidan comunidades integradas en su territorio, facilitan el mantenimiento de la vida en equidad y por ello son trabajos deseables.

Por tanto, la mirada desde las gafas de la sostenibilidad nos ofrece un panorama del mundo del trabajo completamente diferente del actual. Podríamos diferenciar con propiedad entre trabajos ligados a la producción de la vida y trabajos que sin embargo conducen a su destrucción.

Pero no basta que con que el cuidado se reconozca como algo importante si no se trastoca profundamente el modelo de división sexual del trabajo. Es preciso romper el mito de que las mujeres son felices cuidando. Muchas veces cuidar es duro y se hace por obligación, porque no se puede dejar de hacer.

La sostenibilidad social necesita de un cambio drástico en el espacio doméstico: la corresponsabilidad de hombres y mujeres en las tareas de mantenimiento de la vida, realizada en equidad y mantenida en el tiempo. La transformación que un cambio así puede provocar es de una enorme dimensión: variaciones en los usos de los tiempos de vida, en el aprecio por el mantenimiento y la conservación, en la comunicación, en las formas de vida comunitaria, en la vinculación entre el espacio público y privado, en la consideración de los espacios no monetizados...

La forma en que se diseñen e implementen las políticas públicas y las normativas dirigidas a la empresa privada (a la que habrá que obligar a hacerse responsable de la vida humana), cómo se configuren los sistemas de protección social, estará configurando una organización específica de distribución del tiempo y del espacio, de utilización de los recursos públicos y privados.

El cuidado, como exigencia para el mantenimiento de la vida, es un requerimiento de la sostenibilidad y tiene que ser asumido por la sociedad, no es una obligación sólo para las mujeres.

²⁰ Pérez Orozco, A. (2009) "*Feminismo anticapitalista, esa Escandalosa Cosa y otros palabras*" Intervención en las Jornadas Feministas de Granada 2009. www.feministas.org

La visibilización, politización y priorización del cuidado es una tarea necesaria para la sostenibilidad. Se trata de un cambio de prioridades al tiempo antipatriarcal y anticapitalista. Es antipatriarcal porque se enfrenta al orden que impone la división sexual del trabajo. Es anticapitalista porque cuestiona el concepto y el valor que el mercado da al trabajo, denuncia la dependencia que el mercado tiene del trabajo de cuidados y propone la sustitución del objetivo de crecer por crecer por un compromiso con la defensa de las vidas (cualquier tipo de vidas) en condiciones dignas.

Ecofeminismos: la rehabilitación de las invisibles

El ecofeminismo es una filosofía y una práctica feminista que nace de la convicción de que nuestro sistema “se constituyó, se ha constituido y se mantiene por medio de la colonización de las mujeres, de los pueblos “extranjeros” y de sus tierras, y de la naturaleza”²¹.

Todos los ecofeminismos comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la Naturaleza son dos fenómenos que responden a una lógica común: la lógica de la dominación y del desprecio a la vida. El capitalismo patriarcal ha manejado todo tipo de estrategias para someter a ambas y relegarlas al terreno de lo invisible. Por ello las diferentes corrientes ecofeministas realizan una crítica profunda de los modos en que las personas nos relacionamos entre nosotras y con la Naturaleza, sustituyendo las fórmulas de opresión, imposición y apropiación por fórmulas de cooperación y ayuda mutua.

El ecofeminismo somete a revisión conceptos clave de nuestra cultura (modernidad, razón, ciencia) que han mostrado su incapacidad para conducir a las personas a una vida digna. El horizonte de guerras, destrucción, enfermedad, violencia e incertidumbre es buena prueba de ello.

Simplificando mucho la variedad de propuestas ecofeministas, se podría hablar de dos corrientes: ecofeminismos espiritualistas y ecofeminismos constructivistas. Los primeros identifican mujer y naturaleza, y entienden que hay un vínculo esencial y natural entre ellas. Los segundos creen que la estrecha relación entre mujeres y naturaleza se sustenta en una construcción social.

Los orígenes teóricos se pueden situar en los años 70 con la publicación del libro *Feminismo o la muerte* de Françoise D’Eaubourne, donde aparece por primera vez el término.

En esa misma década tenían lugar en el Sur varias manifestaciones públicas de mujeres en defensa de la vida. El más emblemático fue el movimiento Chipko, un grupo de mujeres que se abrazaron a los árboles de los bosques de Garhwal en los Himalayas indios. Consiguieron defenderlos de las “modernas” prácticas forestales de una empresa privada. Las mujeres sabían que la defensa de los bosques comunales de robles y rododendros de Garhwal era imprescindible para resistir a las multinacionales extranjeras que amenazaban su forma de vida.

A mediados del siglo pasado el primer ecofeminismo pone en duda las jerarquías que establece el pensamiento dicotómico occidental, revalorizando los términos del dualismo antes despreciados: mujer y naturaleza. La cultura, protagonizada por los hombres, había desencadenado guerras genocidas, destrucción y contaminación de territorios, gobiernos despóticos. Las primeras ecofeministas denunciaron las repercusiones de la tecnociencia en la salud de las mujeres y se enfrentaron al militarismo, a la contaminación nuclear y a la degradación ambiental, interpretando estos como manifestaciones de una cultura sexista. Petra Kelly es una de las figuras emblemáticas que lo representan

A este primer ecofeminismo, crítico de la masculinidad, siguieron otros propuestos principalmente desde el sur. Algunos de ellos consideran a las mujeres portadoras del respeto a la vida. Acusan al “mal desarrollo” occidental de provocar la pobreza de las mujeres y de las poblaciones indígenas, víctimas primeras de la destrucción de la naturaleza. Este es quizá el ecofeminismo más conocido.

²¹ Shiva, V. y Mies, M. (1997), *Ecofeminismo*, Icaria

En esta amplia corriente encontramos a Vandana Shiva, María Mies o a Ivone Guevara.

Superando el esencialismo de estas posiciones, otros ecofeminismos constructivistas (Bina Agarwal, Val Plumwood) ven en la interacción material con el medio ambiente el origen de esa especial conciencia ecológica de las mujeres. Es la división sexual del trabajo y la distribución del poder y la propiedad la que ha sometido a las mujeres y al medio natural del que todas y todos formamos parte. Las dicotomías reduccionistas de nuestra cultura occidental han de romperse para construir una convivencia más respetuosa y libre.

Desde parte del movimiento feminista, el ecofeminismo se ha percibido como un posible riesgo, dado el mal uso histórico que el patriarcado ha hecho de los vínculos entre mujer y naturaleza. Esta relación impuesta se ha usado como argumento para mantener la división sexual del trabajo, tan útil al orden patriarcal. Puesto que el riesgo existe, conviene tenerlo en cuenta. No se trataría de exaltar lo interiorizado como femenino, ni de encerrar de nuevo a las mujeres en un espacio reproductivo, ni de responsabilizarles en exclusiva de la pesada tarea del mantenimiento de la vida. Se trata de hacer visible el sometimiento, señalar las responsabilidades y corresponsabilizar a hombres y mujeres en el trabajo de la supervivencia.

Si el feminismo se dio pronto cuenta de cómo la naturalización de la mujer era una herramienta para legitimar el patriarcado, un ecofeminismo que podríamos denominar anticapitalista, plantea que la alternativa no consiste en desnaturalizar a la mujer, sino en “naturalizar” al hombre, ajustando la organización política, relacional, doméstica y económica a las condiciones de la vida, que naturaleza y mujeres conocen bien. Una “renaturalización” que es al tiempo “reculturización” (construcción de una nueva cultura) que convierte en visible la ecodependencia para mujeres y hombres. No posibilidad de sostenibilidad si no se asume la equidad de género.

La sostenibilidad necesita de las mujeres

La historia de las mujeres las ha abocado a realizar aprendizajes que sirven para enfrentarse a la destrucción y hacer posible la vida. Han mantenido la previsión que impone la responsabilidad sobre el cuidado de otras personas y por eso han desarrollado habilidades de supervivencia que la cultura masculina ha despreciado.

Su posición de sometimiento también ha sido al tiempo una posición en cierto modo privilegiada para poder construir conocimientos relativos a la crianza, la alimentación, la salud, la agricultura, la protección, los afectos, la compañía, la ética, la cohesión comunitaria, la educación y la defensa del medio natural que permite la vida. Sus conocimientos han demostrado ser más acordes con la pervivencia de la especie que los construidos y practicados por la cultura patriarcal y por el mercado. Por eso la sostenibilidad debe mirar, preguntar y aprender de las mujeres.

La cultura del cuidado tendrá que ser rescatada y servir de inspiración central a una sociedad social y ecológicamente sostenible.

Bibliografía

- Amoroso Miranda, M.I. et al (2003) : *Malabaristas de la vida*. Barcelona. Icaria
- Borderías, C. y Carrasco, C.(1994). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Fuhem-Icaria
- Cembranos, F. Herrero, Y. y Pascual, M. coords (2007) *Educación y ecología. El curriculum oculto antiecológico de los libros de texto*. Editorial Popular
- Fernandez Durán R. (2008) *Crepúsculo de la historia trágica del petróleo*. Coed. Virus y Libros en Acción
- Herrero, Y.(2006) *Ecofeminismo: una propuesta de transformación para un mundo que agoniza* . Cuadernos Mujer y Cooperativismo noviembre 2006 n.8 pUCMTA
- Hubbert, K. *Energy from Fossil Fuels* en Science vol 199. www.eoearth.org 1949
- Martínez Alier J. (2004) *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria
- Naredo J.M. (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Siglo XXI. Madrid
- Novo, M. (coord) (2007) *Mujer y medio ambiente: los caminos de la visibilidad*”Los Libros de La Catarata, Madrid
- Oberhuber, T. (2004) *Camino de la sexta gran extinción* en Ecologista , n.41. Ecologistas en Acción.
- Pérez Orozco, A. (2009) *Feminismo anticapitalista, esa Escandalosa Cosa y otros palabros* www.feministas.org (21-julio-2010)
- Picchio (1992) *Social Reproduction: the political economy of Labour Market* Cambridge University Press
- PNUD (2005) *Informe sobre Desarrollo Humano*. Mundi Prensa y PNUD
- Riechmann, J. (2002) *Gente que no quiere viajar a Marte*. Madrid. Los Libros de la Catarata
- Shiva, V. y Mies, M. (1997), *Ecofeminismo*, Icaria
- Talberth, J (2008) Una nueva línea de partida para el progreso” en “La situación del mundo” Worldwatch Institute. Icaria